

Jesús Marchamalo es periodista y escritor. Ha desarrollado gran parte de su carrera en Radio Nacional y Televisión Española y ha obtenido los premios Ícaro, Montecarlo y el Nacional de Periodismo Miguel Delibes, entre otros. Colabora habitualmente en el suplemento literario del periódico ABC, en *Muy Interesante* y en diversas publicaciones culturales. En 2011 ha publicado los ensayos *Cortázar y los libros: un paseo por la biblioteca del autor de Rayuela* y *Donde se guardan los libros: bibliotecas de escritores*.

Baroja y el abrigo

Jesús Marchamalo

Tenía Baroja un gato, negro como el de los cuentos de brujas, y dos abrigos. Uno oscuro, de paño, de diario, algo raído, y otro que guardaba en el armario, gris, para las ocasiones especiales. Con él y con un pañuelo de seda blanca al cuello, grabó un día para el cine; los pasillos de la casa cruzados de cables, y las habitaciones cubiertas de esa luz homicida de los focos. «¿Todo esto consumirá mucha electricidad, no?», preguntó.

Siempre tuvo gatos. Su sobrino Pío Caro recordaba aquel olor ácido y untuoso, un poco agrio, de la calle Mendizábal, donde Pío vivía con su madre y dos gatos, Chepa y Apitita.

El de la calle Ruiz de Alarcón se llamaba Miki y andaba siempre cerca de la estufa –la chubesqui– en el salón de aquella casa suya tan fría en la que, en invierno, estaba a menudo con bufanda y abrigo, las solapas subidas, la boina y unas zapatillas viejas, de felpa, que sujetaba al pie con bramante. También tenía una manta, que dejaba sobre una de las butacas, y que se ponía sobre las piernas cuando alguien llegaba a verle.

Alguien dijo que Baroja es uno de los personajes literarios más fotogénicos de su época. Y debe ser verdad. Hay decenas de fotos suyas, allí en su casa –fumando tabaco rubio, las gafas de pasta negra en la punta de la nariz– en las que se le ve vestido de sí mismo, escribiendo con una estilográfica que mojaba en un tintero.

«Este gato nunca quiere hablar conmigo...», decía con frecuencia, señalando al huizado Miki que salía silencioso de la habitación, y que maullaba solícito a Clementina Téllez, la asistenta, a las visitas, amable y zalamero, pero no a él, a quien miraba, indiferente, magnánimo, con sus ojos que eran casi de cristal verde, tumbado, tan largo era, en el salón al lado de la estufa.

En una de esas fotos está con Ernest Hemingway, que fue a visitarlo pocos días antes de morir, y que le regaló unos calcetines de lana, un jersey y una botella de whisky de malta.

También le llevó una edición de *Adiós a las armas* que le firmó con la siguiente dedicatoria: «A usted, don Pío, que tanto nos enseñó a los que, siendo jóvenes, queríamos ser escritores».

Baroja tiene el gesto demacrado en la fotografía, la mirada perdida, los labios entreabiertos. Diríase que secreta, anticipadamente muerto, está acostado con el embozo sobre su brazo izquierdo, un gorro de dormir y el pañuelo blanco, de seda, al cuello.

«Gaur il da», hoy ha muerto, rezaba en euskera el telegrama que Julio Caro envió a su hermano a México, unos pocos días más tarde.

El 30 de octubre de 1956, había nevado en Madrid y tras una noche agitada, de esas malas, perdió la conciencia a las tres de la tarde, y horas después, el doctor Arteta se presentó ante Julio Caro con una sola palabra, casi un susurro: Ya. La noticia corrió como la pólvora por aquel Madrid, pequeño y provinciano, en blanco y negro. Y cuentan que Hemingway, el hombretón, probablemente herido también de muerte ya, se echó a llorar cuando se lo contaron.

LIBROS Y FANODORMO

Durante años había tenido insomnio, Baroja. Noches que pasaba en vela, resignado, y en las que no hacía sino dar vueltas bajo el edredón. Así que acostumbraba a tomar Fanodormo, un somnífero, antes de meterse en la cama. Tres pastillas –una barbaridad– que sacaba de un mueble de cajones que había en su cuarto (lo llamaban el fichero-armario) y que fue de la imprenta de su cuñado Caro Raggio que resultó destruida durante la guerra. En aquel mueble amontonaba libros, restos de ediciones de sus novelas, tubos de pomada a medio gastar, cuchillas de afeitar, papeles y, presidiéndolo todo, un reloj de bolsillo que colgaba de un clavo.

El bote de Fanodormo lo guardaba junto a unas tenazas con las que partía en trozos las pastillas, antes de tragárselas con un vaso de agua.

No se me ocurre qué soñaría Baroja. Qué aventuras insólitas. Qué historias increíbles.

Nacido el día de los inocentes de 1872 en San Sebastián, Pío Inocencio, según figura en su partida de nacimiento, fue el tercero de los hermanos varones de la casa (anteriormente habían nacido Darío y Ricardo), a los que años más tarde se uniría Carmen Baroja.

Siguiendo los destinos laborales del padre, ingeniero de minas, la familia se trasladó a Madrid, y después a Pamplona, antes de volver de nuevo a la capital.

De Pamplona conservaría una de esas imágenes imborrables de infancia. Tenía apenas doce años, y vio pasar desde la ventana de su casa el cortejo de un reo, Toribio Eguía, que había matado a un cura y a su sobrina para robarles –el crimen de Atondo, se llamó– y al que iban a dar garrote.

Esa tarde, el pequeño Baroja fue a ver el cuerpo, expuesto para público escarnio en el cadalso. Y aquella imagen trágica: la muerte, los comentarios del verdugo, que depararía con el público allí congregado detalles de la ejecución, le produjo una impresión tan perdurable que, incluso ya mayor, recordaba a menudo aquel día, y el cadáver de Eguía con la barbilla pegada al pecho de forma antinatural, desmadejado, inmóvil, de una blancura casi transparente, como todos los muertos.

Hay algo novelesco, desde luego, literario en su vida: el bastón con puño de nácar con el que andaba por el Retiro; el retrato de Kant en su habitación en Vera; las castañas que recogía en sus paseos, y que llevaba a casa para alimentar a la salamandra. Se las oía crepitar durante unos minutos, antes de convertirse en bolas incandescentes. Rojas.

También su vocación, difusa, accidental, por la medicina; el puesto de médico que solicitó en Cestona, que le fue concedido y que abandonó apenas un año más tarde; y su vuelta a Madrid, esta vez con su hermano Ricardo, con quien regentó la panadería de pan de Viena de su tía, Juana Nessi, y que le traería algún que otro quebradero en aquel mundo finisecular de la bohemia, los chambergos, la noche, las tertulias y los cafés de la Puerta del Sol. «Tienen mucha miga las cosas de Baroja», dijo de él un Rubén Darío, esquinado, «se nota que es panadero». A lo que don Pío, también atravesado, ofendido, resuelto, respondió: «No tiene mala pluma, no, Darío, lo mismo porque es indio».

Una vez, contaba, se encontró con Alejandro Sawa. Aquel sablista elegante, distinguido y seductor, de quien le impuso el aspecto, tanto que le siguió toda la noche, oyéndole recitar a gritos, en francés, versos de Verlaine. Hasta que acabaron en una taberna de la calle Herradores donde Sawa le pidió tres pesetas.

Y como no llevaba encima la suma, le mandó a su casa para que se lo trajera. Y Baroja, sí, fue y se lo llevó.

– «Ya puede usted marcharse», le dijo entonces Sawa, señalando la puerta con la mano; aquella mano, contaba, con la que había tocado a Victor Hugo.

EL INCIDENTE DE SANTESTEBAN

Recién iniciada la Guerra Civil, en Itzea, el caserón que había comprado en 1912, y lleno después de modelos navales, libros, grabados de su hermano Ricardo, un mapa-mundi, un sextante, un catalejo de campaña, una avutarda, tinteros de cerámica de Estella, objetos y curiosidades, Baroja tuvo un incidente con un grupo de requetés de gatillo fácil y gritos de ordenanza, que llegaron a Vera en camiones, cargados de medallas, exvotos y detentes, banderas y estandartes, y que en el Círculo de Obreros Republicanos, casi enfrente, arrojaron los libros por los balcones, antes de hacer con ellos un par de hogueras en la calle en las que esa mañana ardió, por ejemplo, Salgari.

De ahí salieron al día siguiente Baroja y dos amigos en un coche para observar el avance de una columna de carlistas que maniobraba por el Bidasoa: los vieron desde una loma con sus boinas rojas, los fusiles brillantes en la distancia, nuevos, camiones, cascos de combate, armones de artillería...

De vuelta a casa, dieron el alto al coche, y un soldado lo reconoció:

– «¡Ahí va Baroja!»

Hubo un revuelo entonces, un barullo de cartucheras y correajes, y un oficial llegó con la pistola en la mano.

– «¡Baroja!» –gritó encarándose con él–, «el que ha querido siempre desacreditar nuestra tradición. ¡Miradle ahora muerto de miedo!»

Parece que don Pío, pálido como un folio, le llamó cochino carlista. No se sabe. El caso es que acabaron detenidos, igual que pudieron terminar muertos. Unos militares que habían llegado a ver qué ocurría los hicieron entrar en el coche, casi a empellones, y los llevaron, entre gritos y amenazas.

Cuando a la mañana siguiente los soltaron, Pío llegó a casa, hizo una maleta, y con Julio Caro, su otro sobrino, un guardabosques amigo de la zona, y escoltado por un grupo de requetés, se marchó a Francia. El asunto ése de Santesteban, lo llamó durante años, la familia.

Hay una foto de Baroja –el abrigo y la boina, como si estuviera en casa–, mirando los puestos de los buquinistas del Sena. Vivió una larga temporada en el Colegio de España, comiendo en el restaurante universitario, leyendo y paseando, y escribiendo artículos.

En París, contaba, había estado ya casi cuarenta años antes, y recordaba aquel día en que, sentado junto a Gómez Carrillo y los hermanos Machado, delante del Moulin Rouge, vieron pasar, enorme como un oso, despeluchado y lacio, perfumado, a Oscar Wilde.

Cuando volvió a España le organizaron –se dice que fue D’Ors– aquella ceremonia teatral y delirante, en Salamanca, en la que a los académicos se les pedía juramento ante la Biblia y un ejemplar del *Quijote*.

– «¿Jura o promete?», cuentan que preguntaban.

A lo que Baroja, sin inmutarse, respondió:

– «Yo, lo que sea costumbre».

MUEBLES EN LA VERDULERÍA

Su casa de la calle Mendizábal había resultado destruida en un bombardeo. Se perdieron originales, manuscritos, libros, planchas de grabado de su hermano Ricardo; la editorial, archivos, chilabets, máquinas de imprimir de su cuñado Caro Raggio, papeles, correspondencia... Los muebles que pudieron aprovecharse se recuperaron y algunos quedaron, durante meses, guardados en una verdulería de la calle Argensola: una pianola, media docena de sillas, un armario, allí entre las verduras, acelgas y repollos... De aquella casa bombardeada, derruida, consumida por un incendio, asaltada de metralla, salieron los pocos muebles que, después, acabaron en Ruiz de Alarcón: el fichero-armario, la cama, y esa curiosa mesilla, como un pequeño ataúd con puerta de cristal, y un cajoncito abajo, donde guardaba las botas, dos pares, como en una vitrina.

Durante mucho tiempo se despertaba por la mañana dos veces: la primera todavía de madrugada, a las cinco o cinco y media. Aburrido de la cama, se vestía canturreando, con cuidado para no despertar a nadie más, se acercaba a la cocina, desayunaba y, al rato, se volvía otra vez a acostar hasta las nueve. Y después, escribía, en un artilugio que ideó él mismo –tinglado, lo llamaba– y que instalaba junto al balcón: dos sillas que sujetaban sobre los respaldos un tablero de madera. Quedaba tan alto que, al sentarse, había que suplementar el asiento con libros y cojines.

Escribía a mano, sobre cuartillas que después corregía tachando y añadiendo, a veces, pequeños papelitos que encolaba sobre el original. Y a veces, con ese engrudo, arreglaba también los desconchones. Los tapaba con trocitos de papel que después intentaba igualar –sin éxito, en general– con el color de la pared utilizando un pincel y una caja de óleos que habían sido de su hermano Ricardo. El resultado era que, más que disimular, conseguía que toda la casa fuera un sinfín de parches de colores.

Contaban que una vez, su sobrino Julio Caro le regaló uno de sus abrigo que iba a retirar. Y Baroja, a quien le quedaba largo, lo cortó con unas tijeras. Al hacerlo cortó también los bolsillos sin darse cuenta, y así todo lo que metía en su interior se le caía, para su pasmo, por la casa: el tabaco rubio, las gafas de pasta, la pluma Parker, y también las castañas de la suerte, camino del salón, y la manta sobre las piernas.

Allí, en su último cumpleaños, fueron a visitarlo sus amigos: Cela, Ruano, el doctor Val y Vera, Marino Gómez Santos... Todos llevaban pasteles y bombones que don Pío, goloso, se llevaba a su cuarto sin invitar.

– «¿Por qué piensa usted que le pusieron Inocencio, don Pío?», le preguntó Ruano.

– «No sé, nunca me lo dijeron».

– «Igual tiene que ver con que naciera el día de los Inocentes».

– «Igual».

Unos días antes de morir, pidió su pluma y unas cuartillas. Se las llevaron junto al tintero. Y se puso a escribir sobre la mesa. Unos garabatos, apenas, inconexos, ininteligibles. Preguntó a su sobrino Julio si le gustaba. Le dijo que sí. Y se marchó a la cama con su boina y el pañuelo de seda. Las zapatillas sujetas con bramante. Y el abrigo, del que se le cayeron el tabaco, las gafas y la pluma, y un par de castañas de indias.

¡Había vuelto a escribir! ■

J. G. Solana.
La destrozona (1938)
Terracota policromada.



